

LADISLAO GRYCH

DESDE LA CRUZ ⁽²⁴⁾

Por los que han decidido llegar al Crucificado para poder escucharlo.

Con este texto comienzo la cuaresma; es mi tiempo de preparación para el Día de la Exaltación de la Santa Cruz, como si todo se juntase para poder escribirlo, en un clima de sufrimiento; es que siempre el texto lleva mi corazón.

Agradezco al Señor por este tiempo que viví de un modo particular.

PREFACIO

Las circunstancias implican en el mensaje; las palabras frente al lago no suenan igual como las de la Cruz; aún, las mismas dependen de nuestra predisposición.

Cerca de la Cruz están los que le siguen a Jesús, el Único en sus vidas; y también se presenta el pueblo que se deja llevar por los que se imponen, pues los que dicen con prepotencia tienen su peso en el ambiente.

Frente a ese pueblo con sus gritos y el desprecio, vienen las Palabras de Jesús pronunciadas casi silenciosamente.

Él se expresa desde su dolor y el abandono, ante todo, desde el Padre, al cumplir con la misión en su propia carne.

¿Quién ha escuchado estas palabras?; como siempre, son los que deben oírlas, porque aún les debe llegar la Palabra desde la Cruz.

Ahora bien, si logro estar frente a la Cruz de Jesús, ¿vengo para escucharlo?

Si estoy aquí, ¿aún escucho lo que me dice Jesús?

¿Hay alguna palabra que dice por mí?

Día 29 de agosto,
Martirio de San Juan Bautista

A. 1. PADRE, PERDÓNALOS,
PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN. Lc 23,34a

Al hacer el camino, llego hasta aquí.
Van poniendo la cruz de pie; y así se queda hasta mi último
respiro.

Mi camino termina; no se gastarán más, mis pies en la tierra.
Me queda esperar; me viene mi vida y lo que he pasado lleno
de dolor; y quedará así hasta el fin.

Si es que tuve claridad, adónde mi vida me iba llevando, los
acontecimientos me superan; es que ahora, es vivir en cuerpo
y alma.

A pesar del dolor que perfora mi alma, voy mirando las caras
de los que están aquí; ¿cómo entender lo que sigue pasando?
¿Es posible que el hombre llegue a esa forma extraña, para
expresar el odio, el rechazo?

¿Qué es lo que gana el hombre perdido?

Mi vida ha tenido un camino bien marcado.
Quise sembrar el bien; fue mi deseo más sincero.
Al estar con mi pueblo, con los que esperaban de mí, no me
negaba ante los hermanos.

Así fue toda mi vida, siempre fue así.
Es que estoy ante el pueblo que reacciona de modo extraño.

Lo que sigue viviendo el pueblo, no es lo del momento.
Desde hace tiempo, diría, casi desde el principio, presentí su
reacción contraria, la que iba creciendo cada vez más.
Es tan grande la maldad del hombre que llega hasta aquí; una
ola arrasa el monte, una oscuridad en pleno día.

Yo iba con el corazón abierto hacia los hombres.
Mi corazón no tenía fronteras; los que me esperaban, podían
recibir de lo que he traído a la tierra tan amada por mi Padre.

Iba con el corazón, sin preguntar cómo me recibían; así quise llegar a todos; pero sólo algunos me esperaban, otros aún se quedaban lejos, censuraban mis intenciones, me criticaban, me rechazaban; mientras mi vida iba entrando en el mundo, sentí la resistencia cada vez más fuerte; y mi corazón debía soportarla.

¡Cuánta fuerza necesita el corazón, para no resentirse ante los juicios, las críticas y calumnias!; ¡aún, cuánta fuerza para no perturbarse y seguir en el camino, sin tomar en cuenta el rechazo, la indiferencia!

Mientras iba caminando por la tierra, mi corazón sentía la Fuerza del Señor y el rechazo de los hombres, como si esas dos fuerzas estuviesen creciendo.

El pueblo iba descubriendo mi corazón, y me iba rechazando aún más; por mucho tiempo, seguí el camino; pero algún día, debía llegar hasta aquí, entonces, estoy.

Pueblo mío, siempre te he amado; quise demostrarte mi amor de tantas maneras; ¿acaso, existe otro modo aún más fuerte, para poder demostrarte mi amor?

Si no lo hay, que mi vida crucificada se quede como testigo del amor, el que no sabes comprender.

¿Hasta cuándo seguirás luchando?; ¿no te alcanza lo que has pasado?; a pesar de tantas luchas contra mí, quedas como mi pueblo, por quien he venido al mundo.

Hoy, quiero mirarte una vez más; justamente, en esta hora.

Cuando te vi la primera vez, en aquellos primeros tiempos, ya sabía que iba a sufrir mucho por ti.

Siempre te he buscado; parece como si no supiese hallar el camino a tu corazón que se ha hecho duro.

Si es que trato de comprenderte, mi corazón sufre, gime en medio del dolor por ti.

Te he buscado; el rechazo tuyo fue la barrera; sin embargo,

aún te ibas encerrando.
¿Adónde has llegado, pueblo mío?

Sólo quise hacer el bien, nunca quise defraudar a nadie.
No tenía el tiempo ni la hora; si la gente venía cuando quería,
venían los que querían venir.
Pasó mucha gente por mi vida; buscaban sus cosas, aquello
que esperaban.
¿Dónde está la gente?; no están aquí; tan sólo algunos.
Son muy pocos los que aún me siguen acompañando desde el
comienzo; ¿ellos me comprenden, en esta hora?

¿Por qué el pueblo no responde como quise que respondiese,
y como esperaba mi Padre?
Yo luchaba tanto para que respondiese, todos los días de mi
vida; hasta en el último momento, estaba esperando.
Sin embargo, por algo tan propio de la vida, el pueblo no ha
dado la respuesta.

Cuando pasaban los días, me esforzaba más aún; me parecía
que no podía ser, que no respondiese el pueblo.
Como si no hubiese fuerza contra el hombre y el mundo; aún
encerrados en sus cosas y sus convicciones.
Me esforzaba cada vez más; no podía quedarme indiferente.
Sin embargo, el pueblo se ha quedado lejos.

¿Por qué el pueblo, que recibió tanto de mi Padre, no supo
dar un paso más, al contrario, aún se iba quedando?; y lo que
ha vivido, el asombro y el impacto, le servía para encerrarse
aún más; ¿por qué es así Señor, mi Padre?; ¿por qué?

¿Qué me queda de aquel tiempo, de las primeras respuestas
de aquella gente que quiso seguir por sus cosas?
Si no ha quedado casi nada, ¿para qué sirve ese tiempo?
Las respuestas que no terminan, ¿tendrían algún sentido?

¿Por qué la gente no siguió con lo que había comenzado?

Hoy, no es esa gente que me había acompañado, no son los mismos; se habían quedado lejos, aún sin recordar que haya alguien que hubiese pasado por sus vidas.

Entonces, ¿quién es esta gente que ha venido a presenciar el acontecimiento, tan triste en mi vida?

¿Quién es esta gente que ha venido, de dónde me conocen?

¿Nos hemos visto alguna vez, o sólo les hablaron de mí?

Cada uno tiene su modo de hablar, de expresar sus cosas; los que me vieron y me acompañaron, luego hablaron de mí.

He llegado hasta aquí, de modo, que me queda este lugar; y ya no hay otro para mí, en la tierra.

Los hombres hacen vida de sus cuentos y sus convicciones, a veces, sin tomar responsabilidad por lo que dicen y hacen.

Si no responden, aún lo hacen de otra manera; pues si no hay respuesta como deben ser, las otras también tienen su fuerza.

Se reunió la gente para ver el espectáculo; muchos de ellos, ni siquiera me conocen; sólo escucharon, se dejaron llevar por lo que decían de mí; es por eso que han llegado.

Pero si no vienen por el motivo que busca mi corazón, que vengan como puedan y como quieran, pero que vengan.

Desde aquí voy enfrentando sus vidas de odio, de maldad, de bestialidad; veo sus caras, leo sus corazones; ¡qué tristes son sus pensamientos que confunden sus corazones!

¡Qué triste es verlo, sentirlo!; y debo enfrentar la maldad que tiene sólo una dirección, y está contra mí.

Mi vida está sacrificada, para que el pueblo venga; es que es el lugar del encuentro.

Busqué la paz y el amor que nacieran en un corazón puro.

Busqué la pureza del corazón sembrada desde los cielos.
¿Y qué es lo que voy cosechando?
¿Acaso es lo que debe ocurrir en esta hora?
Es que, si el corazón se rebela, llega a lo más profundo de su maldad; ¿y después?, ¿qué pasa después?
Aún puede rebrotar la vida, si el hombre no se quiebra del todo, y no se deja llevar por su ceguera aún más grande.

En este clima del rechazo, mi corazón sigue flotando, pero más aún, descansa en los brazos de mi Padre que me sostiene en esta hora.
Él sabía a qué hora iba a llegar mi vida, aún prevenía este tiempo; por eso, estoy aquí y aún siento paz, a pesar de la oscuridad que es grande.

Percibo los insultos, burlas, gritos; mi dolor es grande.
Me adentro aún más, pero los gritos son tan fuertes.
Si llegan a mi corazón a esta hora, es porque deben llegar.
Mi corazón llora por dentro; es tan fuerte lo que viene del pueblo, que se tuerce mi corazón.
¡Cuánta angustia, cuánto dolor!

Siento la Voz que me sostiene; es porque todo debe ser así, casi no podría ser de otra manera.
Entre los insultos del pueblo y la Voz del Padre está el futuro de mi pueblo y, en medio, aún se queda mi vida.
En medio de los gritos y la Voz del Padre está la salvación.
Falta que pronuncie la Palabra de Vida, por este pueblo.

Entonces digo lo que dicta mi corazón: "*Padre, perdónalos*".
No sé si lo dice mi corazón tan débil, o una fuerza sostiene mi voz; porque de otro modo, no podría decirlo.
Cuando las fuerzas del mundo se ponen densas y frías, ya no sale ni siquiera una palabra; entonces, el Padre abre nuestro corazón para decir, "*perdónalos*".

Es justamente la palabra de la salvación.

Algo pasa con mi pueblo; aún sigue gritando e insultando,
sin embargo, algo pasa y el pueblo lo presiente.

Yo, como si me liberase de la opresión; recién comienzo a
sentir la libertad y puedo mirar con el amor aún más grande,
a mi pueblo perdido.

¿El pueblo pudo ver este amor?; ¿tendrá su tiempo para ver?

2. EN VERDAD, TE DIGO QUE HOY MISMO ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAISO. Lc 23,43

Me despertó el grito de mi hermano; estaba colgado al lado, y sentí su dolor muy grande.

Frente al pueblo que gritaba, aún volví al hermano que sufría igual; se unieron los sufrimientos hermanos.

Nada une más que el sufrimiento compartido; nos separaba una distancia, pero no se separaron los corazones; y él estaba en medio de mi corazón.

¿Por qué los crucificaron a esta hora?

Yo fui la causa; el pueblo, para tener más espectáculo, quiso crucificar aún dos más, uno de cada lado.

Mis pobres hermanos comparten la misma suerte; ojalá, mi Padre los incluya en la Obra; que ellos también comprendan la hora del Señor, por mi pueblo.

En este tiempo de dolor, están mis hermanos; y llegan aquí. ¡Qué modo de encontrarnos!; sus vidas pasaron por muchas vivencias; nos encontramos, estamos cerca y compartimos el dolor, la misma muerte cruel.

El dolor y la muerte, que se avecinan, aún dan un lugar para poder pensar; aquí no hay modo para adelantar los pasos; tan sólo hay que esperar, y si uno quisiese morir antes, aliviar su dolor, ya no depende de él; y los que están al lado, actúan como si no tuviesen sentimientos.

En este tiempo de la desesperación, se abren la rebeldía y un pensamiento sano, que llevan por el camino de salvación.

Sigo escuchando los gritos e insultos.

¡Cómo los comprendo, en la hora de dolor, luego de una vida muy pesada!

Apenas queda un tiempo, aún más doloroso.

¿Qué es la vida frente a lo que fue, como si fuese un camino a la propia destrucción?

Y aún, tanto dolor frente a un pueblo que rechaza.

El pueblo los castiga cruelmente, con su propia justicia.

Pone su ley justa, inquebrantable; no hay salvación a ningún precio, sino hay que morir de esta manera; y que sepan que, por esta clase de delitos, sólo esta muerte.

¿Por qué el mundo festeja, qué es lo que gana con la fiesta?; me pregunto yo, hermano de mis hermanos.

Me di vuelta para verlos, y el dolor de sus vidas entregadas; quise mirar sus corazones por donde pasaban sus vidas tan plenas de dolor; pues era la hora para vivir.

¡Qué triste es ver la muerte tan triste!

Sin embargo, viene sola y hay que respetarla.

Si sus vidas llegan hasta aquí, también, está claro que la cruz viene como consecuencia del pasado, en el camino abierto que fue llevando; y cuando está por terminar, ya queda entrar definitivamente; ¿qué otra cosa se podría hacer?; nada más. Aún, si hay fuerza para aceptarlo, la realidad pesa menos.

Me quedan sus vidas tristes en mi camino; son éstas.

Mi Padre me envía a los compañeros del dolor; de distintos caminos hemos llegado, y lo quiso mi Padre.

Aún puedo sentirme acompañado de los que sufren igual que yo; te bendigo, mi Padre, por el encuentro con mis hermanos.

Los caminos son distintos y tienen diferentes principios; las vidas van llevando la realidad que se va agregando en medio de los misterios, que propone la vida de un modo complejo. Veo los caminos de mis hermanos, y las causas que los iban llevando; no condeno a nadie, a ninguno de mis hermanos; si los comprendo, mi corazón no me permite que les condene.

Entonces, ¿por qué el mundo les condenaba y aún los seguía condenando desde hacía mucho tiempo?

Y la condena fue como una sombra que les seguía, nunca se despegaba; parece como si no pudiese lograrlo; es tan fuerte que sólo el dolor puede hacer olvidarla por unos instantes. Mi corazón está atento por estas vidas que afloran en medio del dolor.

Aún me pregunto: ¿qué hubiese sido de sus vidas, si en algún momento, no se hubiesen sentido condenadas?

Tan sólo me pregunto, es que no fue así; pero, ¿qué difícil es no sentirse condenado, cuando el mundo condena y aún, se enferma en condenar!; ¡y qué hubiese sido de sus vidas, si de repente, se hubiesen caído los hielos que aún encierran el corazón!; pues, la condena congela pareciese para siempre.

Sus vidas seguían en medio de las condenas, condenándose cada vez más; por eso, llegan hasta aquí; ahora no les queda ni siquiera un paso.

¿Se puede vivir la condena para siempre?; ¿cómo esperarían ellos que el pueblo no los condenase más!

Sin embargo, ¿qué esperar de este pueblo?

Sus vidas llegan aquí; no supieron escaparse de la condena; si se iban escapando, a la vez, crecía la condena; pero hoy, el pueblo parece sentirse satisfecho por condenar para siempre, y sigue festejando la condena.

En un instante escucho: "*acuérdate de mí*".

Me lo dice mi hermano; ¿cómo no te voy a recordar, si sufres la misma suerte!; te comprendo, y para esta hora he llegado; mientras todos te condenan, estoy contigo, te comprendo; y siento tu vida y tu dolor; ¿acaso no lo ves antes de decírtelo, mi hermano?

Estás conmigo por siempre; se lo dije con mi voz baja, casi no me daba el respiro.

Estás y estarás conmigo, mi corazón está contigo; y también estoy en tu dolor, en tu vida; mi corazón desea decirte lo que no da mi respiro; ¿me comprendes, mi hermano?; sí, yo te comprendo; quédate en paz en medio de tu tormenta, y del pueblo que te sigue rechazando.

Mi hermano lo entendió; ningún otro hermano de mi camino lo ha entendido como él; de este modo, voy comprendiendo mi tiempo, mi lugar, el espacio que me da mi Padre en esta hora, para decir que vine para no condenar más, a nadie en el mundo.

El Padre me hizo vivir este tiempo, venir para esta hora. Me acuerdo, tantas veces yo decía: no te condenes más. Mi palabra, a veces, llegaba, porque mi Padre la ungía con el Espíritu sobre mi vida; pero jamás ha llegado de tal modo, tan claramente como hoy; porque necesitaba vivir el tiempo de dolor, de desprecio, y aún estar tan cerca de mi hermano condenado, en medio de mi vida condenada.

3. MUJER, AHÍ TIENES A TU HIJO. Jn 19,26b
AHÍ TIENES A TU MADRE. Jn 19,27a

Han llegado mis amigos que me acompañaban.
No siempre comprendían mi camino, pero estaban conmigo.
Ellos debían llegar; son tan pocos y están todos.
Me caen últimas lágrimas, mientras los veo sufrir y llorar.

Si les costó llegar, igual optaron por venir; así debía ser.
A pesar de mi camino solitario, de sentirme abandonando, yo
no podía estar solo en esta hora del Padre.
¿Será que Él, aún quiera abrir este camino en medio de mis
hermanos?; no es que ellos lo sepan, pero sí deben estar.
¡Cómo me reconforta su presencia!

¿Quién otro más podría acercarse en esta hora, al vencer el
miedo, la vergüenza?; ¿quién otro más podría llegar?
Mi corazón les agradece; si lloran por mí, lo debo aceptar.
Me uno en mi corazón a ustedes; ya no puedo levantar mi
cabeza, mientras los veo llorar conmigo, por mí.

Ustedes han estado siempre conmigo, han hecho mi camino
y han sufrido por mí; en nuestro camino crecieron a la vez; a
pesar de las dificultades, nunca se han alejado de mí, siempre
fieles; tan pocos y todos.
¿Sólo les queda llorar?; ¿verán algo más?
Pues, no sólo les queda llorar.

Mi Padre quiso apoyarse en mis hermanos, antes que en los
otros que viven su distancia, su fracaso.
Él está conmigo y con los hermanos que han llegado.
Mi Padre está, es la hora.

Ellos son testigos hasta el fin de mi vida.
Son testigos de mi muerte.

¿Qué obra espera mi Padre desde ellos que están aquí, en esta hora?; ¿qué compromiso tienen, qué misión les espera? Padre, prepáralos para la misión, despierta sus corazones una vez más.

Mi madre está de pie; me duele que ella deba sufrir tanto. Su vida ha sido sólo el sufrimiento, siempre por mí. No hay tiempos de descanso, como si su sufrimiento siguiese agregándose, creciendo; y hoy, está conmigo.

Ella debía sufrir mucho en el camino de mi vida; y no pude hacer nada, sólo esperar, tan sólo aceptar. ¡Cómo cuesta asumir el sufrimiento, cuando toca a un ser tan querido como ella!; no obstante, en ese camino aún debían seguir nuestras vidas hasta mi muerte. ¡Cómo me duele su presencia, y tanto la necesito!

Siempre, mi vida estaba más allá de lo que ella buscaba, de lo que esperaba; y su corazón fue grande, abierto para el Señor; es como si Él, le hiciese crecer día tras día, para esperar otros acontecimientos. Siempre presente, tan atenta por lo que me pasara. Estaba en mi misión; y yo, su hijo, crecía desde su corazón por la voz del Padre.

¡Cómo le duelen los rechazos y desprecios que me tocan!; y ella no hablaba mucho de eso, como si estuviese huyendo de lo que fue triste. Aún el silencio nos envolvía, guardando el dolor, la pena, superando los días con la comprensión que llegaba a tiempo, porque la luz estaba presente en nuestras vidas.

Este día se venía; hace tiempo que rondaban las nubes frías y oscuras; la hora se venía; ella la veía, la leía con su corazón; no lo decía, pero lo veía y lo sufría.

Así, mi Padre iba preparando su corazón para este día.
¿Y qué podía hacer yo, si todo venía y debía llegar así?

Ella sabía que mi vida estaba más allá del sufrimiento, y que su sufrimiento no era tan sólo por sufrir.
Se lo sabía como aquellos que ven por qué reciben luz.
La luz es grande y aún comienza en medio de la oscuridad, porque debe ser así; sin embargo, lleva la fuerza para seguir y asistir, luchar y sufrir, en ese camino tan misterioso.

Ya estoy por morir y si es que mi vida es un paso, tú estás en el nuevo nacimiento; es por eso que tu sufrimiento es grande, casi supera la luz, que también está sobre tu vida.
Has sido mi madre y sigues siendo madre de la gran Misión que está por resurgir definitivamente en la tierra.

La semilla está por caer y pasa por tu vida entregada.
Estás en la obra del Espíritu; ahora, el Espíritu te inunda más que nunca, en este nuevo anuncio de la vida.
Has sido madre y ahora, más que nunca; tú, llena de gracia más que nunca.

Sólo es esto que te digo: has sido mi madre, y eres madre de la Misión, en el camino tan doloroso de tu vida.
Eres madre de mis hermanos confundidos en esta hora.
Sabrás reunirlos, cuando pase la tormenta.

Juan, mi discípulo predilecto; fuiste predilecto, como si fuese mi debilidad y mi corazón estuviese superado por ti.
Por algo te amé así; te dejaste amar más que otros hermanos.

Me acuerdo de tus primeros pasos; tu vida, como si fuese más simple, como si te estuviese llevando.
Sufrías mucho, crecías para ir sufriendo más.
Sabrás vivir ese camino, lo vivirás en paz.

Pues, te sostendrá el amor.

Siempre soñabas en la grandeza; así, te iba inspirando tu madre, que estaba en tu camino.

Una vez, te llevé a la Montaña de Luz, de Transfiguración; hoy estás aquí, en otra Montaña de una Luz aún más grande; si aún no lo ves, lo verás cuando el dolor y el sufrimiento se calmen en tu corazón que presente y sufre.

Pudiste llegar hasta aquí; no podían llegar otros, pero tú, sí lo podías hacer; si no hubieses llegado, me habrías faltado.

Estás, también necesito de ti, de tu presencia.

Mi corazón te lo dice y tú lo presentes.

Hace tiempo que has estado más cerca, pues tu corazón te lo decía; ibas caminando a la par de mi muerte, sufrías, llorabas por dentro, yo también.

Así, el Padre iba preparando nuestro camino.

Tu vida está crucificada en esta hora.

Mi muerte tiene el sentido de la vida, y tú lo sabes.

Por eso estás tan en medio de mi sufrimiento y de mi muerte.

Está tu vida plenamente entregada, encaminada a la Luz; la llevarás, serás mi Luz que nace en esta muerte.

Ya se va agitando mi vida, pero viene la Luz, como nunca ha llegado al mundo; tú lo sabes y lo ves.

Te preguntas por qué mi vida pasa por tanto sufrimiento.

Mi Padre es tu Luz; que estés en paz, en medio de tu dolor; es lo que puedo hacer, nada más, hasta que se haga Luz, mi Vida ante el mundo.

Tú estarás siempre, en esta Luz.

Ustedes están por mi vida, después de mi muerte.

Llevarán la Luz al mundo, pues son más privilegiados que

los demás, a pesar de que deben pasar por tanto dolor que les toca; lo que presienten, es la inspiración que les viene y ya nace en sus corazones.

Ustedes son mi madre y mis hermanos; son mi vida, están en mi vida más que nadie, por la obra que nadie de los hombres ni siquiera la sueña en este momento.

Sí, vuestros corazones se van despertando y mi Padre os ha bendecido.

B. 4. DIOS MÍO, ¿POR QUÉ
ME HAS ABANDONADO? Mt 27,46b

Oscureció el día.

El sol se va apagando a esta hora temprana; es como si se hubiese cansado y no quiere dar más, su luz a los hombres. Es un día triste; lo veo en los rostros que oscurecen y pronto, no se podrán ver.

Es una oscuridad tan extraña; parece reflejar la oscuridad del mundo; y hay tanta que aún el sol se da vuelta en una lucha intensa; ya sale en pleno día, no espera a que llegue la noche.

Se juntan las oscuridades de los tiempos, como si estuviesen esperando atentas, al presentir esta hora.

Las oscuridades vienen atropellando, no hay fuerzas que las frenasen ni que se le opusiesen para enfrentarlas.

Van llegando hasta aquí.

Todo está muy triste, como si la vida estuviese apagándose en medio de la oscuridad; no hay nada que la frenase en este descenso; y la plena oscuridad va llegando a todas partes.

¡Qué triste es el mundo en esta hora!

Mi vida va descendiendo en medio de la oscuridad.

¿Hasta qué punto estoy en la cruz o sigo flotando en medio de la oscuridad?

Es tan fuerte, que casi me sostiene; y es tan densa.

¡Qué extraño es lo que vivo en mi corazón!

En esta tormenta del mundo, todo gira cada vez más, y gira en mí, como si fuese un mareo que no termina.

Giro hundido en medio del mundo oscuro; giro y giro.

Si hay gente que grita e insulta, es una confusión muy fuerte;

el mundo está aún más perdido y más oscuro.
Los que han venido, son un pequeño trozo de la oscuridad, y
ellos me reflejan la oscuridad profunda.

¡Cuánta maldad, cuánta guerra, cuánta oscuridad!
¡Desde cuántos tiempos, desde cuántas distancias!
Todo pasa por mi corazón que parece oscuro, reflejándose en
él, la oscuridad del mundo.

Desde la oscuridad te estoy buscando, mi Padre.
La oscuridad me perturba, la maldad me paraliza y te estoy
buscando más que antes.
Pues te iba buscando cuando aún sabía tener la claridad de tu
Presencia y de ser uno contigo, pero la hora como ésta, jamás
la he vivido; y mi desesperación por ti, es más grande aún.

Sé que tu Presencia es más que la fuerza que me paraliza.
Si tu Presencia quema la oscuridad del mundo, te necesito y
te apuro para que vengas; sé que sólo de este modo, puedo
enfrentar la oscuridad; entonces te pido, pero parece que no
estás; ahora mi corazón tiembla aún, es porque es tan grande
la oscuridad, tan densa por dentro.

Antes, cuando aún caminaba, debía enfrentar la oscuridad;
pero no era tan fuerte y a tu Presencia la sentía con claridad.
Ahora, vivo al revés y me asusto, y me desespero; por más
que no hubiese querido enfrentar la oscuridad, se viene sola.
¿Qué me queda?; ¿dejar que me ahogue y seguir esperando,
y aún saber que vendría tu ayuda?
Tú, Padre, no permitas que la oscuridad me ahogue.

Me queda esperar a que vengas, mi Padre.
En algún momento, serás Luz, serás Presencia.
Siempre fue así: primero la desesperación y después, la luz
aún más grande.

Ante la cruz y la desesperación, la luz será inmensa.

En la hora de mi desesperación, cuando se apaga mi respiro,
levanto la voz a los cielos, busco al Padre por todas partes.
Si aún le grito con esta voz apagada, es porque lo llamo.
¿Acaso, el Padre podría olvidarse de su propio Hijo?

En este momento, levanto la voz.
El Padre siempre quiso que lo esperase, y lo llamase.
Ya no me desespero más; y presiento como si necesitase de
la desesperación para que Él viniese; pues, su Presencia está
en lo profundo de mi desesperación; si no me desesperase,
no lograría ver ni sentir su Presencia.

Estoy reclamándote, buscándote; las oscuridades aún siguen
creciendo; no puedo huir de ellas, tampoco quiero.
Te sigo reclamando desesperado; ¿si te llamo de esta manera,
me comprenderás?

Dije a mis hermanos que te buscasen desesperadamente; hoy,
lo vivo en mi propio cuerpo.
Les enseñé lo que vivía de veras; hoy, es como si estuviese
haciendo el primer paso.
Sin embargo, no se pueden comparar estas oscuridades, con
lo que fueron las de antes.

Les enseñaba y ellos recibían luz; les decía y la presentían en
su interior; no obstante, es como si estuviese aprendiendo.
Te sigo llamando y tú no estás, o estás y no te veo.
¿Dónde estás?; y si estás, ¿por qué no me respondes?

Mientras seguía clamando, la gente sintió un trueno, decían
unos; otros sentían que el Padre me respondía.
Sin embargo, la pena, la tristeza y el dolor me impedían
verlo, y sentir su Voz.

C. 5. TENGO SED. Jn 19,28a

Dije que tenía sed; se me escapó la palabra, pues aún la dije sin pensarla.

Luego del camino, del cansancio, sentí una sed inaguantable; así, mi vida se defendía hasta el final.

Los soldados corrieron para cumplir con este pedido sencillo; si no fue por la sensibilidad, fue por cumplir con su tarea. Así comprobé una nueva amargura, y me quedaba muy poco tiempo; ni siquiera podía tomar a esta hora de mi vida.

Una amargura más hasta el fin; luego de tantas cosas tristes, no puedo esperar más, sino sólo amarguras.

Es tan triste, tan real; vivo lleno de pena y de dolor hasta el final; sin embargo, aún voy comprobando como si esperase otra cosa, pero es sólo ésta.

Siempre hablaba de la sed; fue mi palabra no buscada, sino que venía sola; yo decía de la sed y la gente la sentía cada vez más; la sed fue el proyecto de mi Padre; en ella, se iba abriendo el Camino, mientras el Padre respondía; ¡y de qué manera!

Hay una verdadera sed, es la de ver al Padre en la vida.

La sed debe llegar como la de la tierra que espera el rocío; y el rocío es agradable, es vida.

Hay una sed verdadera; tan sólo hay que despertarla.

Mi Padre estaba en mi vida, cuando yo sentía esa sed tan profunda.

Mi vida se iba llenando desde mi Padre; de este modo, Él se iba manifestando en mí, y los hermanos lo veían.

¡Cómo cambia la vida cuando comienza a despertarse la sed

del Señor!; ¡y cuánto tiempo necesita y en qué circunstancias se abre!; si bien, las mismas pueden perturbar, a la vez, son un clima para que se despierte esa sed; pues el hombre debe hallar ese clima, pero antes, aún debe arriesgar y buscarlo.

Mientras tanto, la vida se llena de sed, de distintos modos y de distintas necesidades, siguiendo el camino de la propia realización, respondiendo a las necesidades, que parecen tan adversas a lo que mi Padre había buscado.

Así, siguen los hombres en medio de sus deseos y de su sed; aún siguen en los caminos en el mundo, desde hace tiempo; el tiempo lleva a un cambio muy profundo; se hace como un testigo triste de una vida muy confundida.

Sin embargo, la confusión tendrá su fin y, de hecho, lo tiene; el tiempo será testigo de la destrucción y de la gracia que, si viene, vendrá por el camino de la salvación.
En este camino he estado siempre.

He buscado este tiempo, he creído en el hombre; y que él, en medio de sus ansiedades, aún descubra a mi Padre.
Estoy por esta sed; es la hora; por esta sed he venido y voy entregando mi vida.

Siento que la sed es tan sagrada.
En ella, están el mundo y los hombres que vienen y vendrán, después de tanta sed y de tantas confusiones.
Soy la sed del mundo.

Quiero identificarme con la sed del mundo que naciese en los corazones más perdidos, aún buscando a gritos al Señor; quisiera estar en la sed de los hombres perdidos, humillados, casi muertos; aún, en los corazones de tantos hermanos, con la sed que sufro en estos instantes; y me identifico con ellos

por siempre.

Así, quiero seguir por los tiempos, en todos los hombres.
Sigo identificándome con aquellos hermanos que ni siquiera
presienten la sed del Señor; es porque de este modo, el Padre
despierta los corazones; y van a seguir despertándose.
Por esos tiempos aún, estoy en la Cruz; entonces, que mi sed
se exprese de un modo desesperado.

Mi corazón sigue aguardando la sed; está por estallar.
Así seguirá por siempre; si he vivido esta sed interminable,
la siento aún más; éste es el testimonio de mi vida.

Todavía, levanto mi cabeza para ver al pueblo.
¿Mi pueblo llegará a tener sed del Padre, o pasarán muchas
cosas muy tristes?
Mi pueblo está confundido, triste; por ustedes, sigo muriendo
de sed, para que tengan vida.

6. TODO SE HA CUMPLIDO. Jn 19,30a

Me queda poco tiempo; mi vida sigue decayéndose y no da más; es todo lo que doy, lo que puedo dar en esta hora.
¿Qué otra cosa podría hacer?

Supe que mi vida debía llegar hasta aquí.
De distintos pasos, iba entrando en el sendero hacia la cruz;
es lo que veía, y los que me seguían lo iban descubriendo.

Cuando vinieron mis discípulos, aún debían aprender que mi vida pasaba por la cruz.
No es que la buscase forzosamente, pero todos los hechos me llevaban por ese camino.

Hubo aquellos que se retiraban, otros vivían sus luchas, pero no podía ser de otro modo, y yo no podía hacer otra cosa.
Y los que querían seguirme, debían aprender el camino de su vida, pero desde mi camino que llevaba a la cruz.

Son pocos que han llegado; son muy pocos, pero suficientes en la obra del Señor.
Mi vida y la de mis seguidores, ya están en el Proyecto de mi Padre.

También el pueblo; la gente iba y venía; aparecía de repente, como despertada por el Viento del Espíritu; luego se retiraba.
El pueblo aparece desde el principio; es que presiente en su interior, no obstante, aún no descubre esa verdadera fuerza para poder seguir; entonces, se viene y se va.

¿Qué les quedó en los corazones, de aquellos tiempos?
Porque no se queda en vano la gracia de mi Padre, por más pequeña que fuese, en cualquier instante de mi vida.

Siento que aquellos que se han estado conmigo, en algún instante de mi vida, se quedan con alguna vivencia.

Si por algún tiempo, parece apagarse la gracia del Padre, ella rebrota; si la que nace, se desgasta, después vuelve a la vida.

Aquellos que se han estado conmigo, tuvieron la oportunidad de recibir lo de mi Padre; de un modo u otro, lo han sentido, y nada fue en vano ni sólo por pasar.

El tiempo de la siembra fue suficiente, hasta en los corazones más endurecidos.

Sin embargo, esos corazones endurecidos deben enfrentarse; es que mi vida y mi misión se proyectan en medio de los enfrentamientos, tan necesarios en la obra de mi Padre; y los mismos iban creciendo para llegar hasta aquí.

Los enfrentamientos se abren de distintos lados, más allá de la religión, de lo político y de lo social, porque mi vida había entrado en las crisis que abarcan todo, cada vez más.

Así mi vida está expuesta más aún, y está defendida por mi Padre, llevada por el camino que debe cruzar por la muerte.

Y llegó la hora, se juntaron las fuerzas por más enemigas que fuesen; y no podía ser de otro modo.

Porque de otra manera, la obra del Padre no abarcaría a toda la realidad humana; así es que estoy aquí.

Mi vida ha pasado por el camino de los enfrentamientos que se iban abriendo; todo es tan claro: mi Padre abre el camino, mientras que los hombres hacen sus cosas, aún de un modo perverso; aquí, la perversidad y la gracia entran en el mismo camino; y mi Padre lo tenía en cuenta.

Si estoy aquí, es por la gracia de mi Padre.

Presiento que es tan grande, es la más grande que el mundo

ha vivido hasta hoy; y el Padre está conmigo.
Después de la oscuridad, apareció el sol.
Mi vida encontró hondamente, la luz desde mi Padre.

En este momento, quiero decirle que en todo el camino quise cumplir con lo que Él quiso de mí; y no quise otra cosa en ningún instante.

Mi vida fue cuestionada, aún fue censurada, sin embargo, si alguien reconoce la luz del Padre, debe ver su mano en todo mi camino.

En este momento, frente a este pueblo tan confundido, debo declarar una vez más, y que todos me escuchen; pues tan sólo he cumplido la voluntad de mi Padre.

Si no lo comprenden ni lo escuchan como deben escucharlo, por lo menos, que sean testigos por los tiempos que vienen; el pueblo, a pesar de su confusión, será testigo para siempre.

Cuando llegue la hora, lo que viene del Padre será claro; aún, será más claro por lo confuso que es hoy.

El cielo oscureció nuevamente, para expresar lo que vivió el pueblo, que no supo sentir la luz de mi Padre.

Aún no era la hora.

Sin embargo, este pueblo sintió que no le alcanzaba la luz; a pesar de su rechazo y de sus gritos, sintió que pasaba algo; y es lo que no entendía; porque aún no era la hora.

Pero no estaba tan seguro como antes.

7. PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO
MI ESPÍRITU. Lc 23,46a

Por un instante calmó el tiempo, como si preparase la última tormenta.

El pueblo sabía que no me quedaba mucha vida.

Miraba hacia arriba, al cielo; le costaba presentir la hora del Padre, tan particular.

Se despertó un fuerte viento desde el cielo hacia la tierra.

La tierra se estremeció, y empezó a conmoverse.

Aún tembló la gente llegada de todos lados.

El sol comenzó su danza ante las nubes más espesas, negras, que orgullosamente llegaban de arriba.

El pueblo no puede quedarse más tiempo, casi está por irse; aún les queda ver mi muerte.

No la verán como ellos la esperan, sin embargo, hasta que yo no muera, se quedarán aquí.

La oscuridad, el frío y el miedo van inundando el pueblo.

Está por irse, pero presiente que debe quedarse hasta el final; no está tan seguro de lo que hizo, pero se queda; algo le dice que debe estar aquí.

Mi Padre hace que esté hasta mi último respiro.

Todavía verá la gran oscuridad.

Se conmueven el tiempo y la tierra; el pueblo tiembla por lo que mi Padre prepara, pero debe estar aquí.

No es la hora del juicio, sino de la misericordia.

¿Sabrá de la misericordia, si su corazón es tan duro?

Y debe vivirlo para que, algún día, logre reconocerlo.

Es el tiempo que va preparando otros tiempos.

En medio de la confusión tan profunda, el Padre hace

resurgir el mundo y al hombre, de la oscuridad.
Como todos los proyectos, tendrá su modo; así veo el tiempo
del Padre que se inicia.

En medio de la oscuridad, resurge la vida en el camino de mi
Padre.

Mi muerte está en la profundidad de la oscuridad.

Mi vida va descendiendo, aún se hunde.

Mi Padre hace descenderla hasta los infiernos.

Mi muerte está a la puerta.

Yo, descendiendo a las profundidades del mundo oscuro; es
un camino abierto, espacioso.

Mi Padre lleva de la mano a su Hijo predilecto.

Mi vida sigue descendiendo.

La semilla ha descendido hasta la oscuridad más honda; la
lleva mi Padre

Y se abrirá nuevamente, hacia la vida, en medio de esta tierra
y del pueblo que está aquí, a la hora de mi muerte.

"Padre, en tus manos entrego mi Espíritu".

Sí, te lo decía, pero es el gran momento para decírtelo, desde
mi espíritu más hundido en el mundo.

Así me quedo por siempre, como ofrenda ante tus ojos.

Ojalá, mi vida resurja de estas tierras oscuras como el humo
blanco, que sea signo para que el pueblo lo vea.

Es mi vida, la ofrenda aceptada por siempre, en los cielos.

El humo blanco apenas traspasa las oscuridades, apenas las
vence; el tiempo de la oscuridad es muy fuerte.

Sin embargo, se abre el camino; y el humo blanco de la
ofrenda va subiendo; va llegando a las alturas del Padre.

La vida del mundo nace del Fuego Sagrado.
Se abre el camino a la luz, porque ha prendido el Fuego en la tierra.
¿Cuánto tiempo tardará, hasta que se haga grande?
Será mucho tiempo, hasta que prenda la tierra, y que llegue a la Luz; estoy los comienzos de mi Padre.

Para esta hora, he llegado al mundo.
Lo que viví en el mundo, me encaminaba; de este modo, fui creciendo en la entrega.
Siempre estaba con mi Padre, e iba creciendo.
Él abrió mi vida, para que pudiese ofrecerle todo, pero desde la tierra y el mundo.

Fue el modo de salvar esta humanidad perdida.
Parece que no había otro modo de la salvación, sino sólo de la misericordia.
El Padre se empeña plenamente y todo pasa por mí.
Y mi vida ya está entregada.

Cuando lo dije al Padre, de corazón, mi vida encontró todo, y no necesitaba más, tampoco lo buscaba.
No necesitaba más, ni buscar ni esperar; tan sólo faltaba el momento de la aceptación, aún previsto desde siempre.

El cielo selló esta entrega con su concierto.
Mi Padre aceptaba y, a la vez, recibía mi vida entregada.
Mi último aliento fue la entrega, sumando los esfuerzos de mi vida.

El cielo proclamó su victoria.
Quien no lo ve, es porque está ciego.
Los ángeles rodean la cruz, van llegando de todas partes para festejar la gloria.
Llega la gran luz desde mi Padre.

Aún, queda la hora de mi último aliento.

El instante está próximo, oscurecen mis ojos.
Estalla mi corazón; ya dije que sí, y sólo espero.
Mi Padre está en toda mi vida; sólo Él, por siempre.

Si es que por tanto tiempo, en este mundo, he luchado por su
Presencia, ahora Él está, sólo Él.
Mi vida está inundada con mi Padre.

Él ha descendido a recibir mi vida entregada.
El mundo aún no lo ve, y debe esperar por mucho tiempo.
Pero todo es para que, algún día, el mundo lo encuentre.

Padre, te entrego mi vida por siempre.
Sé que es una entrega eterna.
Si es que hasta ahora, sigo creciendo en la entrega, ya es para
siempre; ¡por siempre estoy, por esta Entrega!

Prefacio	3
A.1. Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.	5
2. En verdad, te digo que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso.	11
3. Mujer, ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu madre.	15
B. 4. Dios mío, ¿por qué me has abandonado?	21
C. 5. Tengo sed.	25
6. Todo se ha cumplido.	29
7. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.	33

